ESTUDIOS

Sor Juana Inés de la Cruz

I

HASTA ahora conocíamos la vida de Sor Juana Inés de la Cruz, gracias a las noticias que ella nos dejó en la extraordinaria respuesta a "Sor Philotea de la Cruz" y las que constan en las biografías del P. Diego Calleja y José de Eguiara y Eguren; la de éste, contenida en su *Biblioteca Mexicana*. Su obra ha sido apreciada con certero tino en los estudios de don Marcelino Menéndez Pelayo, Pedro Henríquez Ureña, Manuel Toussaint, Ermilo Abreu Gómez, Dorothy Schons, Ezequiel A. Chávez, Alfonso Reyes, Alfonso Méndez Plancarte, Alfonso Junco, Genaro Fernández McGregor, Francisco Monterde, y últimamente, en los del filólogo alemán Karl Vossler.

Aportación muy importante ha sido, en fecha cercana, la publicación de documentos que proyectan una viva luz en la vida de la ilustre monja jerónima, particularmente por lo que se refiere a su familia: la colección de documentos inéditos publicados por don Guillermo Ramírez España, en el año de 1947 y en la Imprenta Universitaria, que llevan por rubro, precisamente, *La familia de Sor Juana Inés de la Cruz*, y los salidos también de las prensas de la Imprenta Universitaria, *Cuatro documentos relativos a Sor Juana*, editados por Lota M. Spell, en el mismo año de 1947, casi al mismo tiempo que el acucioso investigador de nuestro pasado colonial don Enrique A. Cervantes encontraba y publicaba también el *Testamento de Sor Juana Inés de la Cruz y otros documentos*, en muy bella y cuidada edición, en el año de 1949.

Por los documentos de don Guillermo Ramírez España, llega hasta nosotros el cuadro casi completo de la familia de Sor Juana: ascendientes, hermanas y mediohermanos y parientes en línea colateral descendente, en varias generaciones hasta nuestros días. El editor es uno de estos lejanos parientes de la monja jerónima. Sabemos, pues, que sus bisabuelos maternos fueron don Diego Ramírez de Santillana y doña Inés de Brenes, naturales de San Lúcar de Barrameda. El abuelo se llamó Pedro Ramírez de Santillana y la abuela Beatriz Ramírez Rendón; ambos llegaron a la Nueva España a principios del siglo XVII y se avecindaron en Huichapan. Después don Pedro compró al convento de Yecapixtla tierras de labor y en este pueblo nace Isabel, la madre de Sor Juana.

En 1635 el abuelo toma en arrendamiento la alquería de Nepantla, que conservó hasta su muerte y que era propiedad del convento de Santo Domingo de México. En los últimos años de su vida, don Pedro tomó en arrendamiento por tres vidas y a doscientos pesos cada año la hacienda de Panoayan, "en términos del pueblo de Meca-Meca", y propiedad del convento de este lugar. Don Pedro era labrador rico, amigo de las letras. Hubo en su matrimonio once hijos: Blas, Inés, Miguel, Isabel, Diego, Antonio, Pedro, Domingo, Juan, Beatriz y María. Murió el abuelo, entre el 15 y 30 de enero de 1655, encargándose de la administración de los bienes la hija Isabel, mujer enérgica, labradora como el padre, que murió residente en México, el 3 de enero de 1688, y fué sepultada en la iglesia del Convento de la Merced.

Doña Isabel procreó varios hijos naturales, en las uniones con los capitanes don Pedro Manuel de Asbaje y Vargas Machuca de origen vasco y don Diego Ruiz Lozano, originario de Cholula, labrador y vecino de la provincia de Chalco, hijo de un capitán extremeño del mismo nombre y poseedor de la hacienda de Santa Cruz, cercana a Tlalmanalco y Panoayan. Este don Diego se casó más tarde con una dama de buena familia, de México: doña Catalina Maldonado.

Hijos de don Pedro y de doña Isabel fueron: María Ramírez de Asbaje, casada después con don Lope de Ulloque; Josefa María de los mismos apellidos, quien casó el 1º de junio de 1664, con Juan Sánchez de Paredes, y Juana Inés, la monja jerónima. De

la unión con el capitán Ruiz Lozano hubo Isabel a Diego, Antonia e Inés Ruiz Lozano.

Nació Juana Inés en San Miguel de Nepantla, la alquería rentada por el abuelo al convento de Santo Domingo, el día 12 de noviembre de 1651. "No había cumplido los tres años de mi edad, dice en la *Respuesta a Sor Philotea de la Cruz*, cuando enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo —y que ahora sabemos que fué Josefa María— a que se enseñase a leer en una de las que se llaman "amigas", me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura: y viendo que le daban lección me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, le dije que mi madre ordenaba me diese lección. Ella no lo creyó, porque no era creíble; pero por complacer el donaire me la dió. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, no ya de burlas, porque la desengañó la experiencia, y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando mi madre, a quien la maestra lo ocultó para darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto; y yo lo callé, creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden". Así, en breves palabras, describe Juana su iniciación en el estudio, su pasión por aprender, que había de ser la de toda su vida.

La biblioteca de su abuelo le dió, más tarde, material suficiente para iniciarse en la devoción de los clásicos españoles. Leyó versos y comenzó a escribir poemas, adquiriendo tal facilidad en ello que, más tarde, había de decir que es en ella tan natural la habilidad de hacer versos que se violenta para no escribir la carta a Sor Philotea en metro. Muy niña, compone una loa al Santísimo Sacramento que ha de merecer un premio de fray Francisco Muñoz, vicario de Amecameca. Los libros fueron guías en el laberinto en que la adolescente se perdía. Notaba la necesidad de un maestro que la condujera y por ello instó a su madre para que, vestida de hombre, la enviara a la Universidad. En el campo aprendió a meditar; en la rustiquez del villorrio sintió la necesidad de evadirse en busca de nuevos horizontes. Llevaba en su alma el impulso de aventura de los conquistadores renacentistas; sentía en sus pies la necesidad de moverse hacia climas más propicios para el cultivo de su inteligencia.

Adivinaba que su lengua no se encontraba lista para modular todos los sonidos en que vibraba su alma. Un mundo de espíritus selectos le estaba vedado por la ignorancia del latín y a aprenderlo

se dedicó, usando de la amistad que la ligaba con el bachiller Martín de Olivas. En veinte lecciones —dice— aprendió el difícil arte de la lengua de Horacio y Virgilio. Ya residía en la capital del Virreinato de la Nueva España, y pronto había de ingresar a la Corte como dama de honor de la virreina doña Leonor María de Carreto. Extraña flor de sabiduría, en un medio de cortesanos generalmente ignorantes y presuntuosos.

El virrey don Antonio Sebastián de Toledo, Marqués de Mancera, desea saber si es cierto que la doncella, que es ahora gala y ornato de la Corte, sabe tanto o más que el bachiller que aprueba cursos en la Universidad, y reúne un día en Palacio a lo más selecto de las letras y de las ciencias, para que procedan a examinar a Juana sobre los más diversos temas. “El número de todos —dice el P. Calleja— llegaría a cuarenta y en las profesiones eran varios, como teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas y no pocos de los que, por alusivo gracejo, llamamos tertulios, que sin haber cursado por destino las facultades con su mucho ingenio y alguna aplicación, suelen hacer, no en vano, muy buen juicio de todo. No desdeñaron la niñez (tenía entonces Juana Inés no más de diecisiete años) de la no combatiente, sino examinada, tan señalados hombres, que eran discretos: ni aun esquivaron descortesés la científica lid por mujer, que eran españoles. Concurrieron, pues, el día señalado, al certamen de tan curiosa admiración y atestigua el señor Marqués que no cabe en humano juicio creer lo que vió, pues dice que a la manera de un galeón real se defendería de pocas chalupas que lo embistieran, así se desembarazaba Juana de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos, cada uno en su clase, le propusieron”. Agrega que la sustentante quedó tan poco satisfecha de sí como “si en la Maestra hubiera labrado con más curiosidad el filete de una vainica”.

II

Mujer hermosa fué Sor Juana, a juzgar por los retratos que de ella se conservan y las apreciaciones de sus biógrafos. El óvalo perfecto del rostro hacía resaltar una tez blanca y ojos maravillosamente diseñados y expresivos; la boca pequeña se perdía en una sonrisa irónica, que daba al rostro una expresión de inteligencia y de malicia. Los cabellos, antes de entrar al claustro, debieron ser

ensortijados, finos, de un castaño elegante y tal vez un poco sensual. Cortaba estos cabellos cuatro o seis dedos, cuando no aprendía la lección que ella misma se señalaba, porque no había "razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias que era más apetecible adorno".

Con estas prendas físicas y con la inteligencia que adornaba a la doncella, no sería raro que tuviera pretendientes en la Corte. "Sin dar asenso a ridículas invenciones, ni forjar novela alguna ofensiva a su decoro, difícil era que, con tales condiciones, dejase de amar y ser amada", dice don Marcelino Menéndez y Pelayo. Indudablemente que muchos de los caballeros que frecuentaban la corte del Virrey debieron poner los ojos en esta joven hermosa y discreta. Pero es indudable que no todos ellos serían capaces de dar mayor importancia a la inteligencia que a la hermosura. Pagados, además, de la vanidad de la época, buscarían en ella un título de nobleza que no poseía y, en cuanto a su caudal, era sólo el de "cuatro bachillerías". Era, al fin y al cabo, una doncella pobre en un medio enamorado del boato, de la elegancia externa, del lujo en trenes y atavíos.

Juana Inés debió encontrar a los caballeros que la rodeaban presuntuosos y atrevidos, enamoradizos e interesados. Ninguno comparable en ingenio a ella que bien se conocía y en secreto se admiraba, porque la modestia, hipócrita virtud a veces, no fué característica de la monja. Si amó Sor Juana, como parecen descubrirlo sus versos, es cosa que permanecerá siempre en el misterio. Si el objeto de ese amor fué indigno de la pasión puesta en él por una mujer superior, es cosa que no se podrá averiguar nunca. Quedan ahí los maravillosos sonetos que empiezan: "Detente, sombra de mi bien esquivo..." y "Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba..." y las lirás "Amado dueño mío..." y tantas otras composiciones, como expresión sincera de un amor que no fué correspondido, tal vez ni siquiera expresado...

Además su origen bastardo le impedía aspirar a un matrimonio de alcurnia, en un medio tan cerrado y pacato como era el de la Nueva España en el siglo XVII. Su procedencia humilde, aunque su familia ocupara cierta posición acomodada; la vida irregular de su madre unida después al capitán don Diego Ruiz Lozano, produjo

en ella, un doloroso complejo que se manifiesta en varias de sus poesías:

El no ser de padre honrado
fuera defecto a mi ver,
sí, como recibí el ser
de él, se lo hubiera yo dado.

Las tan citadas redondillas "Hombres necios que acusáis..." pueden ser una manifestación de este sentimiento que debe de haberla amargado toda la vida.

La influencia del padre jesuíta Antonio Núñez de Miranda comienza a ser decisiva en la vida de Juana de Asbaje. Confesor de los virreyes, varón de rectitud ejemplar, dominante y severo, participa en la decisión de la doncella de entrar a un convento. En breves palabras explica ella su determinación: "Entréme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo), no de las formales, muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir, en materia de la seguridad, que deseaba, de mi salvación: a cuyo primer respeto (como al fin más importante) cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de vivir sola, de no querer ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese seguir el sosegado silencio de mis libros."

Soledad para la dedicación plena, absoluta, al cultivo de su huerto, que no era, ciertamente, el "hortus conclusus" de los místicos. De haber nacido un siglo antes, Sor Juana habría sido en México una reproducción de Santa Teresa de Jesús. En el siglo XVII y en la corte virreinal, fué un claro ejemplo de inteligencia más que de emoción. Intelectual es la poesía de Sor Juana. La inteligencia lleva al conocimiento de Dios, por la Teología; no por la intuición, ni por el éxtasis. De vez en cuando, aflora en su obra un destello sentimental que ilumina lo terreno; pero no lleva a lo sobrenatural. Independencia de criterio es otra de las características de la obra de Sor Juana.

Procuró siempre mantener en torno a sí cierto aislamiento, cierta orgullosa reserva que la alejaba de sus compañeras de convento y de todo aquel que no alcanzara el mismo nivel intelectual que

ella estaba segura de rebasar. Una prelada era "muy cándida y muy buena"; otra, francamente tonta. Su renuncia al priorato del convento, es indicio claro de este aislamiento en que ella misma se encerraba y de esta superioridad que ella misma se concedía. Gustaba, en cambio, de mantener viva su amistad con gente de alcurnia o de talento. Las virreinas que se sucedieron en la Corte, durante la vida de Sor Juana y los hombres de ciencias y de letras le otorgaron crédito y admiración: Carlos de Sigüenza y Góngora, don fray Payo Enríquez de Ribera, el obispo Fernández de Santa Cruz, Juan de Guevara, Castorena y Ursúa. Las inteligencias más preclaras del otoñal siglo XVII mexicano.

III

Primero ingresa en el convento de San José de carmelitas descalzas, el 14 de agosto de 1667, y reside en él hasta el 18 de noviembre del mismo año. Novicia en el de San Jerónimo a partir de 1668 y profesa en la misma casa en 24 de febrero de 1669, se dedicó, en cuerpo y alma, al ejercicio de su ocupación favorita: el estudio. Formó en su celda una de las mejores bibliotecas de su tiempo; hizo acopio de instrumentos matemáticos y músicos; se dedicó a las letras constantemente; practicó también el difícil arte de conversar y de escribir epístolas a los amigos de fuera, interesándose por el movimiento intelectual de su época. No descuidó, tampoco, los deberes religiosos que le imponía su condición y desempeñó los cargos que por designación de sus compañeras se le confiaron, con actividad, celo y discreción. El archivo del convento y la administración de sus bienes en la contaduría ganaron mucho con la presencia de la jerónima, mujer ordenada, acuciosa y práctica.

No todo había de ser dulzura, sin embargo, en la vida de la monja jerónima. Una vez una "prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de Inquisición", le mandó que no estudiase en libro. Aplicóse ella a leer de la naturaleza que tenía delante; máquina universal que la sirvió para encontrar las más curiosas y exactas relaciones: "nada veía sin reflexa, nada oía sin consideración, aun las cosas más naturales y pequeñas". Una mujer de estas prendas, natural es que haya tenido envidiosos, que su saber haya sido visto con desconfianza, que la admiración que se le tenía se haya cambiado, poco a poco, en recelo. Desaparecido don

fray Payo Enríquez de Ribera, que fué excelente amigo de la monja, ocupó la silla archiepiscopal don Francisco de Aguiar y Seijas, hombre austero, enérgico, un tanto bilioso, tallado en la madera del ascetismo más rectilíneo. No parece haber visto con buenos ojos la actividad, más profana que religiosa, de la monja de Santa Paula. Más tarde había de intervenir secuestrando sus libros en la propia celda de Sor Juana Inés de la Cruz. Cuando esto sucedió, la tempestad había estallado sobre la cabeza de la autora de *El divino Narciso*. Una censura a un sermón pronunciado por el jesuíta portugués Antonio Vieyra fué la causa. El obispo de Puebla, Fernández de Santa Cruz, escribe, con el pseudónimo de "Sor Philotea", una carta que Sor Juana contesta en uno de los documentos más admirables que haya producido alma de mujer. "En esta trazó su confesión laica — dice Abreu Gómez. Se trata de un documento vivo que muestra la firmeza de su carácter, la complejidad de su situación religiosa y el proceso de su existencia. En él habla más la mujer que la monja". Tiene el carácter de autobiografía y de defensa de la mujer. Hay en el documento atisbos geniales que suscribiría un hombre de ciencia moderno, como aquella observación sobre las líneas paralelas que en perspectiva llegan a juntarse, que roza con temas cercanos a la teoría de la relatividad, o aquella otra de lo subconsciente en los sueños que parece un anticipo a ciertas teorías freudianas. Las citas que hace Sor Juana en esta respuesta nos descubren cuáles eran sus lecturas, hasta dónde llegaba su conocimiento de las Sagradas Escrituras, de la Patrística, de los teólogos y místicos que estudiaba en la quietud de su celda. Hace gala del latín que cultiva, en la muchedumbre de citas que llenan el documento. Palpita, en muchos de sus párrafos, el grito de una alma inconforme con una vida que, a pesar de todo, no ha logrado desarrollarse plenamente; en otras, un rasgo humorístico da elegancia a un texto necesariamente severo.

Termina su labor literaria con este escrito. Vende su biblioteca, sus instrumentos músicos y matemáticos, las bujerías que había reunido. Lleva una vida ascética de mortificaciones y penitencias. Atiende a las monjas ancianas y enfermas y, en una epidemia que invade la ciudad y el convento, fallece Sor Juana Inés de la Cruz, el día 17 de abril del año de 1695.

IV

La obra de Sor Juana que se conserva, comprende: escritos en prosa, composiciones en verso, comedias, autos sacramentales, loas y sainetes. Los escritos en prosa son: la *Carta atenagórica o crítica del sermón del Mandato* del jesuíta portugués ya citado; la *Carta a Sor Philotea de la Cruz*; los *Ofrecimientos para el rosario de la Virgen de los Dolores*; unos *Ejercicios para el novenario de la Encarnación*; una *Explicación sobre el misterio de la Concepción*; una *Protesta de la fe*; una *Petición al Tribunal Divino*; el *Neptuno alegórico*... y *Explicación del Arco Triunfal levantado con motivo de la entrada a México del virrey Conde de Paredes*, en 1680, y escrito en prosa y verso, en castellano y en latín. Como se ve, los escritos de Sor Juana en prosa no tratan, propiamente, asuntos místicos sino cuestiones devotas. En este siglo XVII, en España —y con mayor razón en México— las cosas que más interesaban al hombre habían salido de dentro para afuera. La apariencia substituía a la realidad. Consecuencia del barroquismo que imperaba en todas las manifestaciones de carácter social y espiritual. La fe se iba trocando en devoción y en esto obedece Sor Juana a su época, a pesar de la independencia de su carácter y de la contextura “realista” de su espíritu.

Su obra lírica se manifiesta en sonetos, romances, silvas, rondallas, liras, romances, bailes y tonadas. En ella se destaca el *Primero sueño*, la imitación de las *Soledades* de Góngora. Ecos de Garcilaso, de los Argensola, de Lope y de Gil Polo, se descubren en esta producción en verso de Sor Juana, y una imitación consciente de don Luis de Góngora, el poeta más admirado de su tiempo y más imitado, también, aun por los que preferían la limpia y castiza tradición del verso renacentista español.

Como menos conocida, interesa desde luego enumerar la producción dramática de Sor Juana. Consta ella de dos comedias: *Los empeños de una casa* y *Amor es más laberinto*, en colaboración esta última con don Juan de Guevara, que escribió el segundo acto; tres autos sacramentales: *El divino Narciso*, *El mártir del sacramento*, *San Hermenegildo* y *El cetro de José*. Para comedias y autos, escribió la monja sus correspondientes loas y algunos sainetes, que representaban en los intermedios de la primera a la segunda jorna-

da y de la segunda a la tercera, en las comedias. Independientemente dejó algunas loas; letras sagradas en forma dramática y letras profanas para cantar; villancicos de contextura dramática, unos, y otros de forma lírica.

Por sus autos y sus comedias, pertenece Sor Juana Inés de la Cruz al grupo de autores que tienen por guía a don Pedro Calderón de la Barca. En uno de sus sainetes se lamenta ella de que los organizadores no procedieran:

a escoger, sin congojas,
una de Calderón, Moreto o Rojas.

Con don Pedro Calderón tiene Sor Juana puntos de contacto en lo barroco. Como él, escribía para que representaran sus obras en la corte. Como a él, se le censura que escriba sobre temas mundanos. Su *Carta a Sor Philotea* es, en resumen, la ampliación de lo que don Pedro le escribiera al Patriarca: lo que escriba "o es malo o es bueno; si es bueno no me obste y si es malo no se mande". Como Calderón, Sor Juana matiza de irónicas reflexiones su teatro. Dice Castaño en *Los empeños de una casa*:

Vamos y deja lamentos
que se alarga la jornada
sí aquí más no detenemos.

Así termina, humorísticamente, la jornada segunda de su comedia. Gallardo juego de inteligencia el de la monja jerónima, cuando escribe sus autos sacramentales o las escenas de sus comedias; y es que lo hace por placer, por darse el gusto de escribir, como se da el gusto de leer. "¡Oh, gran gusto el de leer"!, exclama su contemporáneo Gracián. No tiene el apremio del autor que le pide una comedia para el teatro, ni le importa el "vulgo necio", que preocupa a Lope. Juega con los personajes en *Los empeños de una casa* y derrocha ingenio y discreción. En *El divino Narciso* crea una de las obras más bellas "que la literatura española puede presentar en el género de las representaciones de Corpus, aunque su andamiaje dogmático no es muy propicio a la poesía pura — dice Karl Vossler en el estudio estilístico que le ha dedicado a la décima musa de México. El prólogo comienza con danzas y cantos mexicanos, un culto pagano en honor de los dioses de las siembras, y trata de la

subversión de los indios. La pieza en sí estaba destinada a una representación en Madrid. La idea poética fundamental se destaca, en el curso de la acción, en discursos y controversias sofisticas, especulativa y musicalmente relumbradora, resonante”.

V

Es indudable que Sor Juana conoció la linda comedia de Calderón titulada *Eco y Narciso*, porque hay en una y otra semejanzas que oportunamente señalaremos. La fuente, por lo menos para ambas, es un pasaje de las *Metamorfosis* de Ovidio. Angel Valbuena, en el prólogo que pone a su edición de la comedia calderoniana, señala un libro impreso en Madrid en 1622: “Las *Metamorphosis* o transformaciones del excelente poeta Ovidio, en quince libros, vuelto en castellano. Ahora nuevamente corregidas.” Hay además una *Philosophia* secreta de Juan Pérez de Moya, en la que se lee: “Narciso fué hijo de Liriope, ninfa, y del río Cefiso, según Ovidio. De quien cuenta que queriendo sus padres saber lo que sería de su vida, lleváronlo a Tuesia; éste, dijo que sería hermoso y que tendría larga vida si se conociese. Siendo ya mozo y adornado de grande hermosura de rostro, fué amado de muchas dueñas y ninfas y, principalmente, de Eco; y a todas desechaba, no preciando en nada a ninguna. Aconteció que un día andando de caza, cansado y caluroso, se fué a una muy clara y grande fuente, y queriendo della beber, mirando el agua, se enamoró de una figura que de la suya recudía en el agua. Narciso, creyendo ser alguna ninfa de la misma fuente, tanto della se enamoró y encendió que, después de muchas palabras de congoja, de no poder haberla a sus manos, murió, y como después las ninfas buscando su cuerpo no le hallasen donde muriera y viesan una flor que dicen lirio, dijeron el cuerpo de Narciso ser convertido en aquella flor”.

En la comedia calderoniana se plantea un problema pedagógico, como en *La vida es sueño*, en la inconveniencia de mantener al niño ignorante de los peligros que ofrece la vida. En el auto de Sor Juana el derrotero es distinto: la Gentilidad y la Synagoga, seguidas de lucido cortejo, representación del mundo antiguo pagano y del mundo antiguo hebreo, rinden homenaje a Cristo en la figura de Narciso celestial. La naturaleza humana va en pos de El para alabarle. Abel, Enoch, Abraham, Moisés concurren, con sus atributos,

a exaltar la grandeza de Dios. Eco persigue a Narciso con su amor, que no es puro, limpio, desinteresado. La soberbia y el amor propio acompañan a Eco, que es la naturaleza angélica rebelde, desterrada, para siempre, del Paraíso. La Gracia ayuda a la naturaleza humana a llegar a Narciso. Para ello, le muestra una fuente:

cuyas cristalinas aguas
libres de licor impuro
siempre limpias, siempre intactas
desde su instante primero
siempre han corrido sin mancha.

Mírase a la fuente la naturaleza humana. Lleg a ella Narciso y mira su imagen confundida con la de la Pastora. Limpio de culpa, el hombre es la imagen de Dios. Narciso se enamora de su imagen, que imagen de sí mismo es la naturaleza humana purificada en la Fuente Divina con ayuda de la Gracia. Narciso deja en prenda de amor su cuerpo convertido en lirio blanco al pie mismo de la Fuente.

El Auto Sacramental se ha realizado. La fábula antigua adquiere nueva vida, expresión y belleza inusitada. El símbolo es perfecto en la obra de Sor Juana Inés de la Cruz. Soplos del *Cantar de los Cantares* llenan de fragancia algunos pasajes de *El divino Narciso*. La musicalidad del verso, el vigor de la imagen, son prendas seguras de excelencia en la obra de la madre jerónima. Como realización, supera a la comedia calderoniana.

Anotemos, ahora, estas coincidencias formales entre *El divino Narciso* y la comedia de Calderón:

Eco quiere arrojarle peñas abajo y la detienen la Soberbia, el Amor:

SOBERBIA. Tente, pues yo te detengo.

ECO. Tengo

AMOR. Refiere tu ansiosa pena

ECO. Pena

SOBERBIA. Dí la causa de tu rabia

ECO. Rabia.

AMOR. Pues eres tan sabia,
dinos ¿qué accidentes
tienes? o ¿qué sientes?

ECO. Tengo pena, rabia.

En Eco y Narciso hay un pasaje en que el artificio de la repetición por Eco, ya convertida en lo que su nombre connota, se manifiesta en parecidos términos:

NARCISO. . . . y temo que la oiga el cielo

ECO. El cielo.

NARCISO. Pues es fuerza que me dé.

ECO. Me dé.

NARCISO. De mí mismo a mí venganza.

ECO. Venganza.

NARCISO. Y más ahora que alcanza
a ver mi desconfianza,
que lo último repitiendo
de mi acento, está diciendo:
"El cielo me dé venganza".

Procedimiento barroco muy frecuente en las obras de Calderón y natural en esta comedia en que el personaje justifica su nombre. Termina la comedia calderoniana con un terremoto precursor del nacimiento de Narciso. Exclaman los diversos personajes:

SILVIO. ¡Qué asombro!

FEBO. ¡Qué maravilla!

LIRIOPE. ¡Qué prodigio!

ANTEO. ¡Qué portentoso!

En *El divino Narciso* un terremoto anuncia la aparición del Lirio:

ECO. ¡Qué eclipse!

SOBERBIA. ¡Qué terremoto!

AMOR. ¡Qué asombro!

ECO. ¡Qué horror!

SOBERBIA. ¡Qué susto!

ECO. ¡Las luces del sol apaga
en la mitad de su curso!

y con esta exclamación se cierra un período que corresponde a la misma con que se abre la escena en la comedia del madrileño:

ANTEO. Que el sol empañando el día
en pardas sombras se ha vuelto.

¡Gran mérito el de Sor Juana, no sólo en igualar a su modelo, sino en superarlo, a veces!

Calderoniana es también la comedia de enredo titulada *Los empeños de una casa*. Don Carlos, don Juan, don Pedro, doña Leonor, doña Ana, son los vértices del polígono en que se encierra la acción. En doña Leonor hay ciertos rasgos autobiográficos de la propia Sor Juana:

Inclíneme a los estudios
desde mis primeros años
con tan ardientes desvelos,
con tan ansiosos cuidados,
que reduje a breve tiempo
fatigas de mucho espacio.

Era de mi patria toda
el objeto venerado
de aquellas adoraciones
que forma el común aplauso.

Voló la fama parlera,
discurrió reinos extraños
y en la distancia segura
acreditó informes falsos.

No acertaba a amar al genio
viéndome amada de tantos.

En esta comedia, como en todas las de su tipo, aparecen el criado-gracioso y la doncella confidente. Fresco y gallardo es el diálogo. Los personajes intervienen en el juego despreocupadamente, sin más finalidad que la que puede haber en un paso de contradanza. Tan lejos está la autora del teatro, que olvida señalar las mutaciones. Acota muy pocas páginas. La inteligencia ágil, el espíritu sutil, olvidan las minucias de la gente de teatro, para recrearse creando un juguete que encanta en su delicioso barroquismo muy siglo xvii mexicano.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA.